EL DISCRETO ENCANTO DE LAS *NOVELAS EJEMPLARES*

AURORA EGIDO
Universidad de Zaragoza

Entre todos los personajes femeninos que pueblan las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, brilla por su discreción y prudencia, la gitanilla Preciosa, en la que la hermosura y la gracia añaden, al valor moral de las virtudes, una nueva estética que las aleja de los arquetipos convencionales para adornarla con un valor singular. A leguas del estatismo de Galatea y de la perfección cuasi divina de Auristela, ella seduce y atrae, a través, de los tiempos por esa mezcla de sabiduría, belleza y donaire que la caracterizan, fruto de una cortesanía que se mezcla con el "espiritillo fantástico" aprendido entre gitanos. [1] El autor pone constantemente el énfasis en su condición de discreta por antonomasia, pero sin que ello vaya en detrimento de su agudeza y hermosura o de sus dotes como bailadora que canta a las sonajas un romance en el que se dice "que no hay cosa /difícil a la privanza/ fundada en prudentes obras" (I, 81). Su bondad y su hermosura andan parejas, siendo la primera novela ejemplar, en el orden en el que aquéllas se publicaron, que une paradigmáticamente, en una figura femenina, la belleza con la discreción [2].

1. Miguel de Cervantes, *Novelas Ejemplares*, ed. de Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1982, 3 volúmenes, por la que citaré, con indicación de volumen y página. Este trabajo es complementario de "El arte de la discreción en *La Galatea*", *Homenaje a E. C. Riley, Bulletin of Spanish Studies* LXXXI, 4-5, 2004, pp. 585-597; "El camino de la felicidad: Ser o no ser discreto en *El Persiles*", *Le mappe nascoste di Cervantes*, ed. de Carlos Romero, Venezia, Edizioni Santi Quaranta, 2004, pp. 193-226. Y véase también "La seducción por la palabra y el engaño a los oídos en el Siglo de Oro", *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, II, 2000, pp. 9-32. Para la bibliografía en general, y una nueva presentación del texto, consúltese por extenso Miguel de Cervantes, *Novelas Ejemplares*, ed. de Jorge García López con introducción de Javier Blasco, Barcelona, Ed. Crítica, 2001.

2. Sobre los conceptos de discreción y prudencia, nuestros trabajos *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, Madrid, Castalia, 2000, *Humanidades y dignidad del hombre, en "El Criticón"*, Universidad de Salamanca, 2002, y las introducciones a Baltasar Gracián, *El Discreto*, Madrid, Alianza, 1997, y *El Discreto*, ed. facsímil, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001. Sobre el tema sigue siendo básico el estudio de Margaret J. Bates, *"Discreción" in the Works of Cervantes*, Washington,

Andrés se enamora de ella por esas dotes que la adornan, suma de juventud y ancianidad, propia de los prudentes, pues la joven Preciosa es, a sus quince años, madura y recatada en sus pensamientos como una manera de defenderse frente a los ímpetus indiscretos de los enamorados. El doble juego de *puella-senex* que la caracteriza no puede deslindarse de la adjudicación prudente que la vejez conllevaba, sabiamente entretejida, en su caso, con las gracias y adornos de la juventud, convirtiéndose así en un arquetipo perfecto del juego prudencial de los tiempos. Esa misma discreción, que enciende aún más el fuego del enamorado Andrés, va mucho más allá de su constitución como personaje de la novela para identificarse con el ideal literario del propio Cervantes que, como es bien sabido, dice en la obra que "La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta" (I, 106). El asunto es capital por cuanto nos permite ver hasta qué punto, en ésta como en todas las obras cervantinas, la discreción y la prudencia tienen un componente moral que es inseparable de la misma poética de su autor.

De este modo, el arte de elegir, propio de la discreción, y el juego temporal entre pasado, presente y futuro que conllevan las caras prudenciales, se une a los valores de la invención, la disposición y la elocución en indisoluble lazo. Gitanilla surge así como hija de un ideal propio de la alabanza de aldea pero que lleva dentro lo mejor de la corte y que pasa sin romperse ni mancharse entre lo más bajo, triunfando sobre el destino, y ofreciendo a la par una clara fusión entre lo popular y lo culto, lo natural y lo artificioso que es también paradigma del arte de novelar cervantino. La discreción, identificada con la belleza y la honestidad, que tanta importancia tendrían luego en *El Persiles*, no se escucha aquí en tonos divinos sino humanos, demostrando que esa virtud está en cualquier lugar donde quiera que se practique. En *La Gitanilla* se identifica además la discreción con el amor, pese a que el juego de las pasiones suele ir en contra del buen delecto. De ahí que Andrés pase con su amada honestos y afectuosos coloquios que enamoran a Preciosa por su discreción y buen trato de amante. Claro que los celos de aquél por culpa del paje Clemente parecen interrumpir tan idílica armonía. No es por ello extraño que sea la misma Preciosa, con su recato y prudencia, la que inste a su amado a que deje la indiscreción celosa para que su amor no se enturbie. La tríada de discretos que ellos componen, y que se plasma en las razones que intercambian unos y otros, conlleva además una práctica de la agudeza que nos muestra también la importancia que las virtudes prudenciales tienen en el plano elocutivo. Ni la seducción ni los engaños de Juana Carducha, enamorada a su vez de Andrés, lograrán cambiar el discreto ánimo de éste, que, en su ánimo firme y en su entereza, parece, como en su nombre, aventurar el perfil de Periandro en la última novela de Cervantes. A su vez, Preciosa jamás

The Catholic University of America Press, 1945. Véase p. 13 para *La Gitanilla*, donde dice se ve que el amor conlleva falta de control e ímpetus indiscretos.

caerá en la indiscreción de dar celos a su enamorado y se mostrará a distancia de la doblez con la que la Carducha trata de atraer a aquél con mentiras de discreción engañosa. Ésta es la antítesis de La Gitanilla, pues su desenvoltura de mesonera, que presume de doncella rica y discreta ante Andrés, lleva dentro el veneno de la seducción que se disfraza de bien para conducir al mal, patente ya en su mismo ofrecimiento: "quédate y verás qué vida nos damos". (I, 143)

Preciosa, que defenderá a Andrés de falsas acusaciones ante los corregidores con sus mejores armas de "discreción y gracia" (I, 151), defendiéndolo con "discretas razones" (II, 148), alcanzará más adelante la felicidad que le depararán tanto la fortuna como sus buenas obras [3]. El hecho de que su propia madre sea tan discreta como adivina, es señal también de una condición heredada que, sin embargo, ella ha enriquecido con sus modos de hacer, aprendidos de la sabiduría gitana. Tanto la anagnórisis como la boda con la que concluye venturosamente la historia, nos muestran algo tan fundamental como que el camino de la felicidad se alcanza con la discreción y la prudencia ejercidas por los personajes. Claro que ello no sólo se plantea en el orden moral, sino en el ámbito propiamente estético de la agudeza y de la gracia que hacen que el arte de discreción y el arte de ingenio sean uno y lo mismo en esta obra cervantina. Belleza y bondad llevan a finales felices, ganados gracias a la prudencia. La misma belleza y la misma fama, encarecidas al final de esta novela, son así consecuencia de un obrar discreto merced al cual Preciosa, como otros muchos personajes cervantinos, triunfan y son reconocidos por el ejercicio pertinaz de la prudencia.

El resto de las *Ejemplares* redunda, en mayor o menor grado, en esos planteamientos, aunque no haya ningún personaje que aventaje a Preciosa en su rica y variada configuración. En este sentido, cabe decir que el asunto de cada novela influye en el grado de presencia o ausencia de discretos que la conforman, siendo el ambiente y la acción determinantes al respecto. Por otro lado, *Rinconete y Cortadillo* poco tienen que ver con el tema, aunque no les falte la desenvoltura encubierta de discreción de la que hacen gala ante las preguntas de las mozas del oficio en la plaza de San Salvador, tras haber aprendido las lecciones del asturiano. La carencia de observaciones prudenciales, en este caso, no es asunto baladí y nos muestra cómo el ámbito picaresco se desarrollaba dentro de unas coordenadas totalmente alejadas de ese lenguaje moral y cortesano que, desde Castiglione, había nutrido tantas novelas sentimentales y pastoriles.

Previamente *El amante liberal*, tal vez por el ambiente y por el escaso desarrollo de la acción, ya se había distanciado del arquetipo de *La Gitanilla* en este y otros

3. M. J. Bates, *opus cit.*, pp. 45 ss., ya apuntó la identificación entre agudeza, ingenio y discreción en ésta y otras *Novelas Ejemplares*. También percibió en la obra cervantina la equivalencia con la buena educación, los viajes y la experiencia, unido todo ello al nacimiento noble, como es el caso de *La Gitanilla* (*Ib.*, pp. 69 ss. Y véase p.77).

puntos. Novela de cautivos, que desarrolla la historia de los amores que Ricardo cuenta a Mahamut, dando a la bella Leonisa por muerta, hace que la tardía aparición de ésta apenas dé pie a su participación activa. Y aunque en el diálogo broten ocasionalmente referencias al discreto y valiente Cornelio o a un andaluz y un catalán supuestamente discretos, lo cierto es que la aparición de la susodicha Leonisa, con su "agradable condición y proceder discreto", tarda mucho en definirse y no es tan sustancial en el relato como lo son las acciones y decires de Preciosa. Cuando los enamorados traslucen su habla y comportamiento prudentes, estamos ya al cabo de la obra. Su final feliz y los adjetivos que adornan a Leonisa ("fue ejemplo raro de discreción, honestidad, recato y hermosura" I, 216) son la mejor confirmación de la alianza que Cervantes ya había convertido en tópico. Por ello, quizás lo más notable, en este caso, no sea, desde luego, el parco léxico prudencial, sino el obrar de Mahamut que tanta discreción muestra en sus actos, apuntando a unos usos novelísticos que darían abundantes frutos en toda la obra cervantina y que confirmarían que la prudencia se verifica sobre todo con los hechos.

En el orden dispositivo de su publicación, deberíamos adentrarnos en *La española inglesa*, pero, dada la magnitud que la discreción alcanza en ella, parece más acertado proseguir antes con el tratamiento del asunto en el resto de las *Ejemplares* para ver hasta qué punto esa novela contiene prácticamente todos los resortes desarrollados en el resto y aún los supera, constituyéndose en un aspecto fundamental de la misma. Respecto a *El licenciado Vidriera,* ésta novela ejemplar ofrece una clara vinculación con la idea de *peregrinatio*, capital –como se sabe– en *La española* y en *El Persiles*, por no hablar del mismo *Quijote*, aunque en cada una de ellas se manifieste de forma diferente, y Cervantes lo haga, en este caso, partiendo del principio de que "las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos" (II, 107). Tal aserto no deja de ser paradójico dentro de un contexto de locura transitoria como la de Tomás Rodaja en la que el juicio inherente a toda discreción parece debería brillar en él por su ausencia. Por ello, es interesante comprobar que el recuperar la razón y el morir vayan unidos a la prudencia, pues el Licenciado dejó fama, según se nos dice, "en su muerte de prudente y valentísimo soldado"(II, 144)[4]. Claro que ya antes se había hecho famoso por su discreción verbal en el uso de refranes y aforismos, así como por sus respuestas ingeniosas (II, 119), demostrando, una vez más, la vinculación ya mencionada de tal virtud con los usos del lenguaje en la obra cervantina.

4. En la obra se hace alusión también a la discreción femenina de la doncella que dio el sí a un viejo por contentar a sus padres, pero se las arregló de forma ingeniosa y sutil para librarse de tal boda (II, 137), lo cual constituye, *in nuce*, otra novelita ejemplar. También se refiere a la corte que sustenta a los truhanes y mata de hambre "a los discretos vergonzosos" (II, 144), en clara alusión a la mendicidad vergonzante por culpa de la honra sobre la que tratamos en nuestro libro *De la mano de Artemis. Literatura, Emblemática, Mnemotecnia y Arte en el Siglo de Oro*, Barcelona, José J. de Olañeta y Universitat de les Illes Balerars, 2004, pp. 151-192.

Respecto a *La fuerza de la sangre*, es evidente que Leocadia combina sus discretas razones con una actitud pareja, y que, gracias a ella, defiende su honra con uñas y dientes ante Rodolfo. La novela es un auténtico caso de honra resuelto con discreción. Bien entendida ésta como cautela que previene con silencios cualquier escándalo. En ella no sólo la protagonista es discreta, sino sus padres y hasta el mismo niño, conformando una familia en la que el arte de discreción lleva a un final feliz. A partir de las precauciones que toma en la habitación de su deshonra –"llevada de un discreto designio suyo" (II, 153)–, Leocadia proyecta prudencialmente cada uno de sus actos desde el momento mismo en el que elige, como objeto del reconocimiento que provocará la anagnórisis, el crucifijo de plata que la salvará finalmente. Ella aúna discursos y actitudes discretas, lo mismo que su padre, que la asiste con prudentes razones, unidas, por añadidura, a la discreción de su buena madre. Y como si ello se llevara en la sangre, el retrato del nieto, suma de hermosura, mansedumbre, agudeza, gracia y discreción, no puede ser más ilustrativo al respecto. La misteriosa vuelta de Leocadia a la casa de su ultraje es todo un reconocimiento hábilmente construido a través de sus fases temporales, en el que se unen la discreción y las artes de la memoria, en lo que éstas conllevan de *loci* e *imagines*, gracias a la prevención de la propia abuela, que se informa antes de los precedentes del caballero en cuestión.

El asunto no es baladí, pues Estefanía, madre de Rodolfo, también se admira de la discreta Leocadia, congratulándose además porque es"noble y discreta y medianamente rica" (II, 164). La virtud entra así a formar parte de los valores más estimados de la nobleza, que, junto a los económicos, proporcionan el colmo de la felicidad finalmente alcanzada. Como Preciosa, Leocadia posee discreción, riqueza y nobleza, bases esenciales para construir un matrimonio perfecto[5]. Claro que, como en *La dama boba* de Lope y en tantas comedias, las palabras de Rodolfo no dejan lugar a dudas sobre el ideal de una discreción femenina que no parece tener otro fin que la consecución del matrimonio, a juzgar por el aserto: "como una mujer no sea necia, tonta o boba, bástale que ni por aguda despunte ni por boba no aproveche" (II, 166). Palabras que podría haber suscrito perfectamente Octavio, el padre de la dama lopesca.

5. Leocadia simboliza la discreción permanente desde el momento mismo en el que es violentada, previendo, cara al futuro, memorizar todos los detalles de la casa de Rodolfo que le permitirán luego volver a ella y reconocerla. La previsión, su modo de vivir y actuar y hasta de hablar con sus padres, con sus futuros suegros y con el mismo Rodolfo, le llevan al fin deseado. Sus "Discretas razones" (II,152), unidas a su "airosa gracia y discreta crianza" (II,167) son los mejores aliados para el logro de tal felicidad. Una vez más, la gracia y la discreción son complementarias, en curiosa identificación de fondo y forma, muy cervantina, y a la que no fue ajena la agudeza graciana. Respecto a Rodolfo, recuérdese que éste dice que " la virtud, la nobleza, la discreción y los bienes de la fortuna bien pueden alegrar el entendimiento de aquel a quien le cupieron en suerte con su esposa" (II, 165). Él busca en la mujer no sólo nobleza, discreción y riqueza, sino belleza adornada de honestidad y buenas costumbres. También Leocadia, como Preciosa, es una *puella-senex* (y véase *infra*), pues a sus 20 años da muestras de gran discreción (II, 161).

En el polo opuesto, *El celoso extremeño* mostrará, desde los inicios, cierta ironía en las previsiones discretas de la dueña, "de mucha prudencia y gravedad" (II, 182), elegida por el viejo para custodiar a Leonora, porque ahí es evidente que el uso de la cautela va justo en dirección contraria a la virtud, sirviendo claramente para el engaño. La doblez con la que una de las doncellas habla de "la señora Marialonso", como "persona discreta" (II,205), no deja lugar a dudas sobre ello, si tenemos en cuenta que lo dice tras la alusión a la doncellez de las habitantes de la casa y en presencia de Loaysa. La gracia de la escena, tan teatral en su ambigüedad, es pareja a la alusión a un "discreto" Carrizales cuyos excesos en la prevención futura terminan en desastre. Como dice el narrador:

> En fin, tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales, que dormía el sueño de la muerte de su honra (II,213).

La frase no tiene desperdicio, pues tira también por tierra los excesos de la discreción mal entendida, cuando ésta coarta la libertad ajena y va contra las leyes de la naturaleza y del sentido común. La astucia y la malicia de la falsa dueña pueden más que las previsiones del viejo celoso, y otro tanto hacen la agudeza, la gracia y la fuerza de la poca edad. De ahí el aserto cervantino: "libre Dios a cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda ni espada de recato que corte" (II, 213). El estilo de la discreción de Carrizales queda así puesto en tela de juicio como prevención negativa e inútil a lo largo de toda la novela. El vocablo *discreto* no es aquí unívoco, sino anfibológico, igual que la doblez de las situaciones que se describen y del doble lenguaje que estas conllevan constituyendo la sal y gracia de la novela. Cervantes premia, en este caso, el ingenio y no la virtud, probando que también ésta, cuando se aplica o emplea contra las leyes de la naturaleza, lejos de fructificar y ser beneficiosa o conducir a buen fin, se vuelve contra sí misma.

También *La ilustre fregona* recoge esa órbita ambigua ante un Carriazo que se presenta como "pícaro virtuoso, limpio, bien criado, y más que medianamente discreto" (III, 47). Todas las áreas semánticas que rodean a este sujeto gozan de igual disemia, dada la doblez de quien se graduó de maestro en las almadrabas, aunque, como ocurría con *La Gitanilla*, no deje de ser un noble metido a pícaro. En cuanto a don Juan de Avendaño, "discreto", aunque enamorado de una fregona de mesón, también plantea los mismos interrogantes sobre una discreción que deja de serlo según las situaciones a las que se aplique en cada caso (III, 61). Que se encarezca la fama de bellas y discretas de las toledanas, y que se atribuya a otros personajes como Periquito, el hijo del Corregidor, no deja lugar a dudas sobre la importancia del asunto en esta obra en la que la madre de Constanza –como hiciera, por cierto, Isabel la Católica, en sus alumbramientos, según diría más tarde Gracián en *El Político*– la parió en secreto, dando señas de su discreción, valor, hermosura y recato. Al igual

que en *La fuerza de la sangre*, la agnición que provoca la anagnórisis se adjetiva como "discreta señal de conocimiento". Pero ese valor positivo en el orden moral se corta en el relato de don Diego, que cuenta cómo gozó, sin ella quererlo, de la madre de Costanza: "y sin ponerme hacer discretos discursos cerré tras mí la puerta, y llegándome a ella, la desperté..." (III, 114).

En definitiva, *La ilustre fregona*, sin la gracia de *El celoso* –en este punto de la discreción al menos– muestra una evidente ambigüedad que, sin embargo, desaparece en *Las dos doncellas;* obra en la que el vocablo se ajusta a los consabidos tópicos. Así la doncella encubierta describirá su enamoramiento "con rara discreción y cortesía" (III, 130), y Teodosia, a su vez, hablará en términos discretos (III, 134), que también alcanzan al gentil Marco Antonio (III, 143). Leocadia y Teodosia son ápice de rara discreción y de extremada hermosura, demostrándose así que la máxima alabanza que podía aplicarse a una dama radicaba en la presunción de prudencia[6]. Y lo que es más curioso, el término sirve también para situar las alabanzas a Barcelona, que tenía, al decir del narrador, todo cuanto puede "pedir un discreto y curioso deseo" (III, 150).

La señora Cornelia añade poco al respecto. Don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, "caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos" (III, 171), son conocidos como tales galanes, discretos y bien criados, por cuantos los contemplan, prosando, una vez más, que la discreción era patente de elogio entre la nobleza[7].

En cuanto a *El casamiento engañoso*, cabe decir que en el relato que hace Campuzano a Peralta de su historia, cuando le cuenta el encuentro con la que sería su mujer, ella, doña Estefanía, le respondió a trueco de ver si su discreción se correspondía con su gallardía; lo que prueba que el engaño empieza por el discurso mismo, ya que es el uso perverso de la elocución el que aparece, en primera instancia, por boca de quien iba a ser la causa de aquél. Son las palabras buenas, dichas con habla suave, las que nos indican que nos las habemos ante un caso claro de seducción, en el más puro sentido etimológico de conducir al mal bajo pretensiones de bondad. La ofuscación y pérdida de juicio de él le impiden ver la verdad, haciéndole creer a pie juntillas cuanto ella le dice.

Más interesante al respecto es el *discurso concertado* del *Coloquio de los perros*, por lo que atañe a la presencia en él de virtudes humanas que comportan juicio y, por tanto, están fuera del alcance de los animales. A nadie se le oculta que efectivamente, los perros protagonistas dialogan en esta obra con discreción, buen juicio, memoria e inteligencia, y que sus discursos son ordenados y pueden ser analizados con todas

6. III, 146-147.
7. III, 172. En la obra se muestra también que la cólera puede estar reñida con la discreción (III, 195), cosa que, por otra parte, también se demuestra con creces en *El Quijote*.

las reglas de la retórica. Tenemos, por tanto, un claro ejemplo de lenguaje discreto aplicado a unos seres que, en principio, carecen de tales atributos, propios de la dignidad humana. Pero la discreción afecta a todos los planos, incluido el de la moral, y asoma desde el principio, cuando Berganza le dice a Cipión que siempre lo ha tenido "por discreto y por amigo" (III,244). La propia demostración de prudencia que hace éste al emplazar a su compañero a hablar de su vida durante la noche siguiente para que Berganza dedique la primera a contarle sus cuitas (*Ib.*), es una prueba clarísima, por si faltara alguna, de su comportamiento humano en grado superlativo, teniendo todo ello como base la actuación previsora y discreta de ambos. Por otra parte, las alusiones a un hombre discreto que decía que al rey le quedaban tres cosas por ganar en Sevilla, no solo redundan en el arte de discreción, sino en el juego que supone el que todo ello se plantee desde la voz y el aliento de dos perros que no sólo hablan, sino que lo hacen discretamente como si fueran humanos, y de la mejor estirpe en este punto, aunque de ello brote permanentemente una ambigüedad que se redobla cuando son ellos los que además juzgan la discreción de los hombres. Por otro lado, cabe notar cómo Cipión habla desde la experiencia, lo que supone un uso del tricípite temporal de la prudencia, ya que el mencionado juego temporal de pasado, presente y futuro está en tensión permanente.

Las observaciones de carácter moral que abundan en esta novela no nos llamarían tanto la atención si saliesen por boca de humanos, pero la denuncia de los vicios y el encomio de las virtudes es tanto más chocante en la medida en que salen de bocas perrunas. Cipión arremeterá contra la murmuración, uno de los vicios que, como demuestra *El Persiles*, le obsesionaba más a Cervantes, y ni siquiera la justifica por las gracias que ella conlleva, de ahí que aconseje que "si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto" (II, 251). En esa línea, el perro opondrá discreción a simpleza y aconsejará a Berganza que si es o quiere ser discreto, nunca diga cosa de la que deba disculparse (III,2539. La obsesión de apostillar sus alocuciones con referencias al ser discreto y a la discreción es evidente en Cipión, que actúa de retor y maestro de moral respecto a Berganza en cada parlamento suyo. Claro que la cosa no se queda ahí, pues la realidad humana, donde los pastores se vuelven lobos, va por otros derroteros, y la violencia de los pastores de este último son el polo opuesto de una discreción que parece han perdido los humanos y que se ha encarnado, sin embargo, en los animales.

Cervantes, en este caso, va mucho más allá de los paradigmas del mundo al revés, pues la inversión no sólo afecta a los símbolos o a las acciones y visajes de los protagonistas, sino al lenguaje y a la moralidad que parece no tener ya su residencia entre los hombres. Aunque Cipión suele llevar las riendas de discreto, es evidente que Berganza se comporta también discretamente, encareciendo la humildad como medio de allanar las cosas, pensando y comportándose de manera prudente.

Gracián creo leería con atención, y tal vez con cierto estupor, esta singular novela, en la que aparece un encomio de los maestros de la Compañía de Jesús a los que se

tilda de gente bendita y prudentísima, tan humildes como prudentes: "Son espejos donde se mira la honestidad, la católica dotrina, la singular prudencia, y, finalmente, la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza" (III, 264). Curiosa observación hecha por un perro y entendida por otro que, en principio, están demostrando ser tan humildes como prudentes. Y sobre todo en cuestiones de lenguaje, como cuando Cipión dice que hay gente tan imprudente que al hablar "con un zapatero o con un sastre arrojan latines como agua" (III, 267). No deja de ser curioso, en medio de todo, que sea esta la novela ejemplar que contiene más observaciones sobre la discreción lingüística, bien entendida como arte de hablar con propiedad y acierto, eligiendo y seleccionando las palabras y el modo adecuadamente. Ya lo dice Cipión como una más de sus "filosofías": "Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza" (III,268). Todo ello dicho dentro de lo que supone un canto a la propiedad en el uso del lenguaje, con honestas palabras y sin circunloquios.

El diálogo entre ambos perros está plagado de consideraciones morales sobre la hipocresía, la murmuración y otras cuestiones que atañen fundamentalmente al pecado capital de la soberbia, entreveradas, unas y otras, con observaciones sobre vicios y virtudes que se mezclan constantemente con las lacras y bondades del discurso, como son las relativas a las digresiones o a las colas[8]. De este modo, Cervantes va entrelazando los dichos con los hechos, la lengua con la actitud moral, como parte de una misma virtud discreta y prudente que implica un continuo proceso de selección y elección conducentes al bien, o al mal, en su defecto. La perspectiva de los perros actúa, como es lógico, en todas las direcciones, haciendo que el discurso choque a cada instante, sobre todo cuando los perros, además de hablar, lo hacen con ironía. Es el caso del cuento de los ladrones, que relata Berganza, donde se dice que los tales urdieron un ardid que tenía "del agudo y del discreto" (III, 283) para vender un caballo robado, anticipándose así a la valoración de lo que luego cuenta hicieron. En ese momento nos damos cuenta de que las capacidades de relator de Berganza saltan a la vista no sólo por lo que habla y cuenta, sino por cómo da pruebas de la burla y de la industria de los ladrones.

El ámbito de la épica en prosa a la que se adhiere esta singular novela crece con la referencia a Ulises, al que según Cipión "le dieron renombre de prudente por sólo haber andado muchas tierras y comunicado con diversas gentes" (III, 286). Ahí es donde los matices enriquecen los valores al uso de la discreción, adentrándose en insospechadas sutilezas, como la que encierra ese "sólo" al que va unida una prudencia tal vez escatimada por el perro respecto a un héroe máximo que había hecho correr

8. III, 269. Para los paradigmas de soberbia-humildad, tan en la línea de los *Emblemas morales* de Hernando de Soto, véanse pp. III, 294, y 305 en particular. Avalle anota la mezcla de filosofía proveniente de *Eneida* VI y de San Lucas I, 51-2. Y véase *infra*.

ríos de tinta en lo referido a su prudencia. Aunque también es cierto que la literalidad de la frase también vale por cuanto encierra de alabanza del aprendizaje de las virtudes que toda peregrinación conlleva como camino de experimentación y progresión virtuosa, asunto nada ajeno al último realce de *El Discreto* graciano, por no hablar de *El Criticón*.

En lo que atañe al relato de Berganza sobre la bruja Cañizares cuando está ya untada y medio muerta, es curioso el oxímoron que suponen los adjetivos que se le aplican a la vieja; demostración, una vez más, de las múltiples caras que las palabras tienen, pues cuando el perro Berganza se interroga por los saberes divinos y diabólicos de la susodicha e incluso sobre su manejo del lenguaje teológico acerca de los males de daño y los de culpa, él no sale de su asombro, preguntándose: "¿Quién hizo a esta mala vieja tan discreta y tan mala?" De ese modo la discreción como paradigma de inteligencia y saber choca con los usos perversos que la trastocan y deturpan como virtud. Que a Berganza lo apoden de "perro sabio" (III, 295) hace además que se estrechen más los lazos con la astuta bruja.

Los avisos sobre la discreción lingüística de Cipión no cesan, y hasta el propio Berganza dirá que es más discreto de lo que él pensaba (III, 306). Lo cierto es que Cervantes va dando pruebas irrefutables de ello a lo largo de todo el diálogo, de tal manera, que ellos salen a cada paso en equiparada igualdad de excelencias humanas, incluso cuando Berganza habla de los jueces prudentes que juzgan a los gitanos. Todos los planos novelísticos de la discreción están aquí presentes, afectando también al autor del *Coloquio*, pues no olvidemos que al final se alaba, por parte del Licenciado, "el artificio del Coloquio y la invención". Y es en este punto donde notamos en qué parte de la retórica quiso destacar Cervantes por encima de todo, pues su artificiosa invención, que lo es en tantos aspectos, también lo fue en el de la discreción verbal y moral de un autor que pretendió recrear, como dice el mismo Licenciado "los ojos del entendimiento"(*Ib.*).

Si comparamos todas estas novelas ejemplares con *La española inglesa*, es evidente que en ninguna de ellas la discreción es tan sustancial, aunque todo sea dicho, ésta carezca de la gracia que la ambigüedad le presta a *El celoso extremeño* y no digamos al *Coloquio de los perros*, sin olvidar algunos momentos de *La ilustre fregona* ni el susodicho ingenio de Preciosa, algo más maleado por el trato con los gitanos y mucho más vital y hasta verosímil que el de la cuasi perfecta Isabela. En *La española*, encontramos además muchísimas concomitancias, en este punto, con *El Persiles*; lo cual no deja de ser interesante, dado el paralelismo que a otros respectos ofrecen ambas obras, y es dato añadido respecto a la cronología de las mismas [9]. Por otro lado, la singularidad de *El coloquio de los perros*, hace que, en éste como

9. Véase nuestro estudio sobre *El Persiles* citado en nota 1.

en otros puntos, la obra merezca una consideración particular y desde luego distanciada de *La española inglesa*, como iremos viendo.

Para empezar, en la protagonista Isabela se equiparan la honestidad y la hermosura con la discreción y el recato, presentándose además el milagro de la cura de la enfermedad de amor de Ricaredo, que parece resucitar y mejorar de su salud gracias a las "discretas razones" (II, 51) de aquélla; prueba además del valor curativo de la palabra medida y adecuada. La joven, pese a su corta edad, lo mismo que Preciosa o la Auristela de *El Persiles*, parece otra *puella-senex* cargada de razones, cuyos catorce años, unidos a los veinte con los que cuenta Ricaredo, "su mucha discreción y conocida prudencia los hacía ancianos" (II,52). Pero esa virtud se extiende también a la prudente mujer de Clotaldo, Catalina (II, 48), sintiéndose ambos prudentes y dichosísimos. Hasta ahí los signos en cuestión se acumulan sin mayores novedades, pero en el momento en el que la reina quiere conocer a Isabela y sus padres adoptivos temen descubra la condición de su fe, es cuando la discreción se convierte en parte sustancial de la obra e incluso en su eje conceptual, pues la mucha discreción de Isabela se hace trasunto de la cuestión religiosa, que es fundamental, como se sabe, en esta novela ejemplar [10].

Discreción y prudencia van unidas en ella, lo mismo que en *El Persiles*, a la fe, y aquí con ciertos visajes trágicos, pues la confesión de catolicidad puede poner en peligro a los protagonistas; de ahí que esas virtudes sean el garante de su salvación. La prudencia de Isabela y la confianza que en ella pone Clotaldo preparan el terreno a una actuación presidida por la discreción en todos y cada uno de los momentos, ofreciendo una gradación perfectamente edificada que se puede ir reconstruyendo paso a paso. De un lado, la belleza de Isabela, que a todos admira y enamora como si se tratase de una estrella o una cometa, se contrarresta con una humildad y cortesía que le ayudarán a no delatar su fe. De otro, conviene tener en cuenta que esos dos rasgos caracterizan también a Ricaredo, y van a ser fundamentales no sólo para cautivar a la reina sino para que los amantes finalmente salgan triunfantes. La actitud previsora de Clotaldo favorecerá el desarrollo de la acción, pero sobre todo la de Isabela, postrándose ésta humildemente ante la reina y agradeciéndole la nombre su hija, pues, de esa manera, se precave frente a cualquier mal posible al conquistar la voluntad de la soberana [11].

10. Los padres adoptivos se preguntan además como habría de responder la cuitada para que no les condenase por más discreción que ella demostrara. En momentos cruciales para los católicos que andaban en lugares protestantes o de otras religiones, la discreción se convierte en escudo y salvaguarda de quienes podían ser perseguidos y debían ocultar su fe sin mentir por ello.

11. Cabe hacer hincapié en la cautela de Clotaldo cuando le dice a la reina que no le había traído antes a Isabela hasta que estuviese en la perfección, y luego procede a pedirla para esposa de su hijo. Más tarde, cuando la reina le recrimina que la prometiera sin avisarle, dice que fue "en confianza" de los muchos servicios que le había hecho. La reina exige entonces a Ricaredo que haga méritos para casarse con ella, mostrando que la felicidad hay que ganársela con hechos.

En este sentido, la obra enseña que la discreción y la prudencia más que virtudes abstractas, se reflejan en el lenguaje y sobre todo se demuestran en la acción. El propio Ricaredo, pese a ser un enfermo de amores según todos los pronósticos, también obra discretamente, arrodillándose y sometiéndose a la autoridad real. Si a ello añadimos el componente de las lágrimas, vemos de qué forma Cervantes va a desarrollar, una vez más y, como ocurre en *El coloquio de los perros*, el tema de los humildes que serán ensalzados, tras pasar por pruebas y trabajos tan difíciles como el de estos discretos amantes[12]. El proceder de Ricaredo, como el de Periandro en *El Persiles*, es un ejemplo de actitud prudente que se puede ir siguiendo gradualmente, desde la forma en la que lleva a cabo el ataque contra los turcos, hasta en el modo con el que salva a los católicos españoles. Su discreción va unida a la valentía, la magnanimidad, el buen entendimiento y la liberalidad, dando constantes pruebas de ello. En este sentido, el joven enamorado nada tiene que envidiar a Isabela, pues en su aventura demuestra además la alianza de la prudencia con la religión y la política que debían adornar al hombre de mando. Su sentido de la prevención le induce a urdir toda clase de artimañas para llevar sus empresas a buen puerto[13]. Frente a Isabela, que representa la prudencia en el orden particular, Ricaredo lo hará en lo político, sumando así una curiosa alianza de Venus y Marte que el propio Cervantes glosa a su vuelta de la batalla[14]. Sus cautelas y silencios entran dentro de los mejores principios de la prudencia aplicada a la política. A este respecto, es capital su forma de entrar en Londres sin triunfos, demostrando que la victoria y la tristeza por los desaparecidos andan siempre mezcladas en tales ocasiones (II, 67).

Ricaredo encarna un obrar discreto y callado, humilde y prudente, trasladado posteriormente a un discurso lleno de cautelas cuando habla ante la reina (II, 69). Su ardid al llevar a los padres de Isabela a la corte sin decirles nada y su silencio atentísimo ante la anagnórisis, nos lo muestran como la encarnación perfecta de la discreción aplicada al decir y al hacer en todas y cada una de sus acciones. Los discursos de Ricaredo son siempre un modelo de cortesanía bien entendida, delatada como tal en su modo de pedir la mano de Isabela a la reina, que dará finalmente su consentimiento. Por otro

12. Los efectos de las lágrimas de Isabela, llorando "como una estatua de alabastro" (II, 58), logran sus primeros efectos en todos los presentes, que terminan llorando también, como se supone debían hacerlos lectores de semejante escena. Respecto al principio bíblico de los humildes que serán ensalzados, compárese *supra*, nota 8.

13. Nótese cómo lleva en sus barcos las insignias de España y no las de Inglaterra para despistar a los enemigos. Luego atacará "de industria" (II,61), es decir, con diligencia y maña, a las galeras turquescas y preverá las cosas de modo que sólo mueran los turcos y se salven los cristianos (II,62, y véanse pp. 63 ss.). Cuando encuentra a los padres de Isabela, calla para no delatarse. El comportamiento de Ricaredo cae dentro de los presupuestos desarrollados posteriormente por Torquato Accetto, *Della dissimulazione honesta*, al cuidado de Salvatore Silvano Nigro, Torino, Einaudi, 1997. Véase en particular p. 9 y 19-20. Éste dedica el capítulo XIV al disimulo de los amantes.

14. (II, 68). No sin cierta ironía, Cervantes describe el efecto de este Marte venusino, como Periandro en *El Persiles*, que es rodeado por las damas y una de ellas se le acerca mirándose en él como en un espejo.

lado, la discreta Isabela y la no menos discreta señora Tansi forman un círculo que se contrapone al de la envidia que también hace su aparición en la corte.

Cervantes traza con técnica magistral la que bien podríamos denominar discreta anagnórisis. Primero por la lentitud con la que la construye, pues todo en ella se va graduando poco a poco. Y así lo vemos en el presentimiento de los padres, y luego en la memoria y vislumbres de la hija, acompañado todo ello de la presencia de un Ricaredo callado y "atentísimo a ver los afectos y los movimientos que hacían las tres dudosas y perplejas damas" (II, 74). La misma Isabela se muestra discretísima queriendo oír a su madre, de modo que primero tiene la percepción visual y luego la auditiva. Finalmente la agnición del lunar negro permite el reconocimiento, y la reina sentencia algo que resume muy bien el sentido de toda la obra:

> — Yo pienso, Ricaredo, que en vuestra discreción se han ordenado estas vistas, y no se os diga que han sido acertadas, pues sabemos que así suele matar una súbita alegría como mata una tristeza.[15]

Pero *La española*, como se sabe, no acaba ahí, pues hay un cambio nuevo de la fortuna al aparecer Arnesto, el enamorado celoso que pide a la reina la mano de Isabela, y todo parece empezar de nuevo, como si los avatares de la fortuna nunca se acabasen. Esta segunda prueba o trabajo permitirá a Ricaredo demostrar el orden particular de los resortes de su discreción, perfectamente ordenados como en su anterior comportamiento en todas y cada una de sus prudentes acciones.[16] Tras dar pruebas de cómo se debe obrar en cada momento, el viaje a Roma del joven será otra nueva forma de actuar cautelosamente para dar tiempo al tiempo. El vestido de cautivo de la Orden de la Trinidad con el que se disfraza es otra muestra más de esa discreción de la que hará gala en todo momento.

15. II, 75 Ricaredo se había mostrado de nuevo discretísimo al ser humilde ante la reina y preguntarle si necesitaba más pruebas (II, 70). Lo cierto es que la discreción, desde *El Cortesano* de Castiglione, había tomado carta de naturaleza, aunque Cervantes pusiera muchos puntos sobre las íes al respecto, adoptando una posición crítica en obras como *El Persiles*. Una muestra de la ligazón entre discreción y nobleza puede verse en *El cortesano. Discreto, político y moral príncipe de los romances*, de Gabriel de Bocángel; manuscrito de la Colombina que se imprimió varias veces, como en *Avisos a un cortesano*, Zaragoza, Herederos de Diego Dormer, 1683. Véase ahora Fernando Bouza, "Escribir en la corte. La cultura de la nobleza y las formas de comunicación en el Siglo de Oro", *Vivir el Siglo de Oro. Poder, cultura e historia en la época moderna, estudios en homenaje al profesor Ángel Rodríguez Sánchez*, Universidad de Salamanca, 2002, p. 83. En ese ejemplo, la discreción se traslada a las formas comunicativas cortesanas.

16. Primero reacciona prudentemente ante el desafío de Arnesto. Después no teme la fealdad de Isabela, demostrando su bondad y pidiendo a la reina que perdone a la camarera causante de la desgracia. Más tarde, ante la prueba de la doncella de Escocia, se mostrará impertérrito, y, ante el lecho de Isabela, dará pruebas de ser el amante perfecto que –como el Periandro de *El Persiles*– tiene platónicamente grabada en su pecho la imagen de la amada y que no se deja llevar por los efectos de la fealdad transitoria, prometiendo, ante el Pontífice y en presencia de sus padres, ser su esposo.

A la par, la discreción de Isabela y la de la misma reina son modélicas en todos los sentidos[17]. La española la llevará al colmo ante la carta en la que se da a Ricaredo por muerto, yéndose ésta al oratorio a rezar y "sin derramar lágrimas" (II,90), prometiendo además hacerse monja [18]. La prudencia de Isabela va unida, por otro lado, a la firmeza –virtud capital en *El Persiles*–, y así la vemos en Sevilla, resistiendo firmemente "como roca en mitad del mar" (II, 89), lo que le permitirá no abatirse ante la desgracia. Su dolor contenido, interior, da buena muestra de ello. La reacción de los experimentados padres superará, sin embargo, la discreción de Isabela, recomendándole una espera de dos años que ella acepta encerrándose en el monasterio de Santa Paula. El premio a tanta firmeza, discreción y constancia no tarda en llegar. Pero lo más destacable es que la relación de todo lo ocurrido se lleva a cabo a través "de la lengua y discreción de Isabela" (II, 94) a la que Ricaredo cede la palabra. Dos discretos discursos, a cargo de ambos enamorados, resumirán, a su vez, los trabajos de unos protagonistas que recorren, separada y juntamente, pero siempre con pie firme, su camino de perfección.

En *La española* como en *El Persiles*, los trabajos y la peregrinación son indisolubles [19]. El viaje a Roma permitirá a Ricaredo fortalecerse en la fe, confesándose ante el Sumo Pontífice y visitando los lugares santos. Pero el logro de esa meta religiosa va precedido por numerosas pruebas que lo hacen posible. El camino de la felicidad se construye gracias a la superación de constantes pruebas que los protagonistas pasan en todos los órdenes. Los trabajos sufridos son de todo tipo, y los viajes forman buena parte de ellos, sin que falten al concurso la enfermedad y el cautiverio. Superados todos los obstáculos con fortaleza, prudencia y firmeza, el final feliz llegará a quienes han tenido una estoica meta, vital, amorosa y religiosa como horizonte que les permitirá sobrepasar, desde la fe aplicada tanto a la religión como al amor, los avatares de la existencia. De este modo, Isabela, por sus muchas virtudes, "hallará marido tan principal como Ricaredo", y el narrador asentará las causas de tan armónico final, diciendo: "Esta novela nos podrá enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura" (II, 100), uniendo así la estética con la moral, y no olvidando que el cielo saca de las mayores adversidades los mayores provechos.

17. La reina se comporta discretísimamente en toda la historia. Se ve sobre todo en el modo con el que asegura con un mercader la vuelta a España de Isabela y sus padres.

18. Recuérdese que esa promesa también la hace Auristela en *El Persiles*.

19. Para esa suma, dentro de los presupuestos de Agnus Fletcher, en su estudio sobre *La alegoría*, véase nuestro estudio *La fábrica de un auto sacramental: Los encantos de la culpa*, Universidad de Salamanca, 1982 (reimpreso en la ed. de *Los encantos de la Culpa*, Kassel, Reichenberger, 2004. Para esos conceptos hay, como se sabe una amplia bibliografía, ahora ampliada respecto a un precedente fundamental cual es *El Peregrino* de Lope. Véase al respecto Fernando de Meer Alonso, "*El peregrino en su patria* de Lope de Vega y el concepto de *peregrinatio* en los autos sacramentales", *Calderón 2000. Homenaje a Kurt Reichenberger*, Kassel Ed. Reichenberger, 2002, pp. 839-852.

Los paralelismos con *El Persiles*, que la crítica ha trazado a propósito de esta novela ejemplar, son también abrumadores en todo lo referido a la discreción y a la prudencia con todos los trabajos que su ejercicio conlleva[20]. Y por ello, bien podemos decir que en *La española inglesa* el arte de la prudencia es también arte de novelar, pues más allá de configurarse como una virtud moral, se alza como parte fundamental del relato en todos los órdenes. La discreción sirve no sólo a la hora de conformar a los personajes, sino a la de trazar la invención y la disposición de la obra, afectando constantemente a todo lo que se refiere al plano elocutivo. Y no me refiero sólo a los discretos parlamentos de sus protagonistas, suscritos como tales por el mismo narrador, sino a su modo de escribir, pues Isabela no sólo habla, sino que pone "por escrito" su historia para que la pudiera leer el obispo (II,99), siendo, por tanto, *autora* de la misma.

La discreción cervantina alcanza en esta novela ejemplar un grado superlativo, en perfecta trabazón ética y estética, trasladada a todos los planos y formando parte, como dijimos, del eje conceptual de la misma. En el plano moral, es la demostración más palpable de que la felicidad es un premio que sólo se logra gracias a la superación de los trabajos que depara el destino en todos los órdenes, ya sea en lo particular como en lo social o lo político, y a lo largo de un peregrinar vital y amoroso que corre parejas con el religioso[21]. Respecto al estético, es la prueba de que la belleza y el ingenio, bien combinados, llevan a buen término, si se sabe unir elocución e invención, poniéndolas al servicio de una historia discretamente trabada.

La fuerte carga que la obra presenta en el orden político-religioso salta a la vista y se decanta hacia el ejercicio de una diplomacia que descansa constantemente en la prudencia encarnada por Ricaredo, por Isabela y hasta por la misma reina, cada uno en su papel y en sus circunstancias particulares. A este propósito, queremos señalar que *La española inglesa* prueba un aspecto algo distinto de la religiosidad que presenta *El Persiles*, al hacer hincapié en la función que la discreción y la

20. Sobre ello, nuestra ponencia "Los trabajos en *El Persiles*", *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Lisboa, 1-5 de septiembre de 2003*, ed. de Alicia Villar, Madrid, Asociación de Cervantistas, 2004, pp. 13-41, *supra*, nota 1, e *infra*, nota 37.

21. Avalle Arce, en la edición que utilizamos, y que fecha la española en 1611, ya vio en ella una miniatura de *El Persiles* en todos los planos y analizó las pruebas de amor (ocho en total) por las que pasan los protagonistas. La religiosidad y el cautiverio en Argel de Ricaredo, con sus puntos autobiográficos, fueron también tenidos en cuenta por este autor. Conviene, sin embargo, señalar que la discreción es sustancial también, junto a la prudencia, en todo lo que supone establecer un evidente paralelo entre ambas obras, que así se hace más estrecho. Para las fechas de esta obra, véase ahora la ed. cit. de las *Novelas Ejemplares* de Jorge García López, p. LVII-8, quien recuerda que puede ser la última de todas en el tiempo, lo que supondría esa corona de discreción que supera a las demás en su trazado como tratamos de mostrar. Y véanse las pp. XCIIIss. dedicadas a la moralidad más o menos explícita de estas novelas que funden ética y estética. En este sentido, creemos que el análisis de la discreción confirma tales presupuestos.

prudencia podían representar en la lucha contra la herejía y en la convivencia con los protestantes, que obligaba a mil cautelas y silencios para evitar peligros. La unión de lo personal y lo político, y de lo amoroso con lo religioso, presentan además una clara fusión que demuestra cómo, para Cervantes, el plano particular y el social no son separables, y que el ideal de virtud debe practicarse en todos los ámbitos y circunstancias de la persona [22].

La capacidad de discernimiento va unida en *La española* al ya mencionado juego de los tiempos, propio de la prudencia. En ella es fundamental la prevención y, sobre todo, el tener un objetivo o meta a la que todo se encamina y por la que todo se hace y sufre. De ahí que, como en *El Persiles*, el final feliz nunca sea gratuito, sino consecuencia de la superación de los trabajos y del ejercicio de las virtudes demostrado por sus protagonistas en diferentes situaciones y por causas distintas. El humanismo de la discreción va unido además, en esta novela, al ingenio, trasladado constantemente a los discursos de los protagonistas y al del mismo narrador principal, de modo que palabra y acción son, una vez más, inseparables, como ocurre siempre en los verdaderos discretos [23]. La complementariedad entre ingenio y discreción venía de lejos, y formó ya la base de la universalidad literaria a que aspiraban los poetas del *Cancionero de Baena*. En las *Novelas ejemplares*, Cervantes combinará en ellas discreción e ingenio en todos los planos, pues la primera ya no se plantea sólo como una cuestión moral, sino como una forma de ordenar las materias y reflexionar sobre ellas. La ejemplaridad también se asienta en esa mezcla que permite además la instancia al ejercicio de la acción frente a la inercia, en un obrar que tiene siempre un norte al que todo se determina.

Como en *El Persiles* y en otras obras cervantinas, la discreción tiene además mucho que ver con el verdadero amor, siendo ésta enemiga de los celos y yendo unida a la belleza, a la virtud, a la nobleza y, en ocasiones, a los bienes de fortuna. [24]

22. Enrique Ríos Carratalá, *La ética en la obra de Cervantes*, Universidad Complutense, 1988, pp. 305ss., ya señaló que la calificación moral de la conducta sólo le va a interesar sin determinismos, contando con que el discurrir de cada ser va a ir impulsado por la acción, dirigida por la razón y elevándose por encima de las circunstancias. Ve en ello una raíz estoica e inmanentista-naturalista, pareja a Lipsio y a Montaigne, en la que el individuo puede llegar a un momento de conciencia suprema que le otorga autonomía intelectual y conformidad frente al devenir inexorable. Sus planteamientos, basados en Américo Castro, son de índole humanista y más concretamente erasmista, aunque no cree que la ética cervantina constituya un sistema, sino un conjunto de normas éticas que rigen los actos humanos de sus personajes (p. 868).

23. Sobre ello, nuestro prólogo a Baltasar Gracián, *El Discreto*; y véase en particular Jesús D. Rodríguez Velasco, "El descubrimiento de la discreción", *Actas del Primer Congreso Anglo- Hispano*, ed. por A. Deyermond y Ralph Penny, Madrid, Castalia, 1993, II, pp. 365-377.

24. La fuerza de la discreción en la obra cervantina se descubre a primera vista en los aforismos recogidos por Aldo Ruffinatto en Miguel de Cervantes, *Flor de aforismos peregrinos*, Barcelona, Edhasa, 1995, nn. 12, 61, 99 y 199, con otros que recogemos posteriormente. Para la discreción de los pobres virtuosos, véase el nº 781. Véase demás nuestro estudio citado en nota 1 "Ser o no ser discreto...".

Ligada a las cuestiones de la honra y a la fuerza de la sangre, se relaciona también con la edad, pues es propia de los ancianos, pero también es adorno de los jóvenes que se adelantan a los años en su actuar prudente. Ligada íntimamente con las normas de conducta, aparece como marca de un deseado justo medio que se enfrenta a la locura y pérdida de juicio, según es obvio en *El Licenciado Vidriera*, aunque allí, como en *El Quijote*, no estén tan claras las fronteras entre discreción y locura, e incluso el ingenio y la agudeza valgan por sí mismos por encima de cualquier valoración juiciosa. [25] Unida a la búsqueda del bien, la prudencia al igual que la discreción tienen además un papel básico en el desenlace de cada novela, como vemos ocurre en *La española*, donde parece cumplirse esa búsqueda del bien que esta virtud implica, dando sentido a unos desenlaces tal vez alejados de las expectativas de los lectores modernos, pero que lejos de ser gratuitos, venían cimentados por un arte de discreción que finalmente se veía premiado en este mundo con una meta lograda a fuerza de trabajos y del ejercicio invariable de la virtud. [26]

Por otro lado, Cervantes entiende que la virtud de la discreción es el contrapunto de la ira y de la venganza, actuando como freno contra la violencia y la temeridad. [27] El ingenio, que suele ir unido a ella, como dijimos, implica además su identificación con la sabiduría, habida cuenta, por otro lado, de que es más el número de los simples que el de los prudentes. [28] Unida a la memoria, a la inteligencia y a la providencia desde Cicerón, la prudencia será fundamental a la hora de configurar a los personajes y dibujar la secuencia de las acciones en las que ellos participan. [29]

Ya la misma *Retórica* aristotélica se concebía como un auténtico ejercicio de discreción, pues para el estagirita aquélla consistía en "la facultad de discernir en cada circunstancia lo admisiblemente creíble". [30] Desde esa perspectiva, creo se comprueba

25. *Flor de aforismos*, nn. 508,537, 560, 581, 582, 716, y en particular 781, y 833. Téngase en cuenta que las cuatro virtudes cardinales que despliega *EL Persiles* son también paradigma del amor (*Ib.* Nº 48) que también adorna *La española inglesa*.

26. Recuérdese el aforismo cervantino: "Prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal y aquellas que nos estorban el bien" (*Ib.*, nº 577). En *La española inglesa*, triunfan belleza y virtud a un tiempo, lo que equivale a decir ética y estética unidas.

27. *Ib.*, nº 758: "La valentía que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a ala buena fortuna que a su ánimo". Y véase, en especial, el aforismo nº 584. También sirve la prudencia como modo de defenderse de la murmuración (*Ib.*, nº 518).

28. *Ib.*, nº 831.

29. Rosemund Tuve, *Allegorical Imagery. Some Mediaeval Books and their Posterity*, Princeton University Press, 1977, p. 443. También Macrobio, Guillermo de Conches y Alain de Lille recogerán esas premisas y aún las ampliarán a la circunspección, la docilidad y la cautela, todas ellas presididas por la *ratio* y el *intellectus*.

30. Aristóteles, *Retórica*, Madrid, Aguilar, 1968, p. 35. Es además capaz de considerar los medios de persuasión acerca de cualquier cosa dada, con lo que se identifica con la verosimilitud y con todos los modos de convencimiento y credibilidad del orador o del escritor en cuestión.

mejor la función determinante que ocupa en todos los puntos de la creación novelística, incluso en los valores que la relacionan con el sexo, el carácter y la edad de los personajes.

Pero Cervantes no tuvo una idea unívoca de la discreción, pues a veces ésta podía inducir al mal o confundirse con él. Por lo mismo, trató de sobrepasar los tópicos que el concepto acarreaba desde siglos, tratándola en ocasiones con una clara ambigüedad no exenta de humor, como vimos ocurre con *El celoso extremeño*. La acomodación a las circunstancias es, tal vez, una de las más claras lecciones que la discreción implica en las *Novelas ejemplares*, aunque también funcione en ellas como sinónimo de perfección y armonía, pero sobre todo de esa moderación, cautela y previsión que lleva siempre las acciones a buen término.

Por otra parte, cabe decir que la unión de la prudencia y de la elocuencia también es básica en estas novelas, atentas a la prédica ciceroniana de la rectitud moral del orador, que tantos frutos diera en el Renacimiento[31]. La unión de discreción y agudeza estaba tan admitida que hasta el *Diccionario de Autoridades* las asentaría posteriormente en sus definiciones como parte de un modo de hablar con cordura y juicio que incluso se avala con textos cervantinos [32]. Esa indisoluble unión de moral y lenguaje afectará, por tanto, a la misma creación literaria, trasladándose a la propia acción de novelar, demostrando que Cervantes aspiraba a ser, en todo y por todo, un autor discreto, lo que equivalía a ser también "agudo y elocuente, que discurre bien en lo que habla y escribe", según diría *Autoridades*, donde no se olvidaba que el concepto de *discreto* se extendía también "figurativamente a las acciones, hechos u dichos con prudencia, oportunidad o agudeza" [33].

Toda la narrativa cervantina está plagada de voces y conceptos relativos a la discreción y a la prudencia, pero es en las *Novelas Ejemplares* donde tal vez su función se haga más evidente, pues la brevedad de las mismas las hace resaltar en su auténtico valor elocutivo y moral con mayor fuerza. A través de la discreción y de la prudencia,

31. Sobre ello, véanse *Los "Rhetoricum Libri Quattuor de Benito Arias Montano*, introducción, ed. crítica y notas de María Violeta Pérez Custodio, Badajoz, Diputación Provincial, 1984, p. LIX. Téngase en cuenta que *natura* e *ingenium* constituyen la *prudentia* para decidir qué es el *aptum*. Claro que el ideal del "vir bonus, fortis sapiens e iustus" de Arias Montano, basado en la unión de la *utilitas* y la *honestas*, que predicara Cicerón, chocaba con la realidad que el novelista Cervantes trataba de dibujar como traslación de la vida en la que todos los caminos se entrecruzan.

32. Véase: "*Discretamente*....Prudente y juiciosamente, con ingenio y agudeza". "*Discretear*... hablar discretamente, usar en la conversación oportunamente de los chistes, agudezas, sales, equívocos y conceptos". "*Discreto*. Cuerdo y de buen juicio, que sabe ponderar y discernir las cosas....Cerv. *Quix.* Tom. I. Cap. I. Que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en punto las cosas".

33. Esa definición de discreto también la redondea ese *Diccionario* con una cita del *Quijote* I, cap. 24: "Quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo... tan discreto, tan honesto y tan enamorado".

Cervantes midió el universo de los pensamientos, deseos y acciones humanas, pues de ellas dependía casi todo: desde el decoro al discurso verbal, pasando por los asuntos relativos a la invención y a la disposición u ordenación de la materia. Esa nueva teología o filosofía nacida de la retórica era también un modo nuevo de aprehender la realidad como se aprehende el lenguaje, con una gramática basada en el uso y conectada siempre con el mundo próximo[34]. Claro que donde la invención se abrió con nuevo artificio fue, sin duda, en el *Coloquio de los perros*, obra en la que, al colocar la discreción y el lenguaje humanos, tanto en su esfera verbal como moral en boca de unos perros, se alcanza una perspectiva inusitada de alcances insospechados. Éstos tenían ya muy poco que ver con la tradición clásica de la fabulística moral, ya que se planteaban dentro del marco de las transformaciones o metamorfosis posibles y hasta verosímiles de raíz lucianesca que acarreaban un gran componente satírico y crítico. Erasmo, que ya había puesto diálogos gramaticales en boca de animales, había dado un paso adelante en esa línea, pero el de Cervantes fue mucho más lejos, como vemos, y en éste como en tantos puntos, de forma difícilmente superable.[35]

La discreción y la prudencia son, en todo y por todo, ejemplares, en su doble función moral y elocutiva, funcionando siempre no como aporías abstractas o principios inamovibles, sino como parte de la experiencia particular de cada uno y en unas circunstancias concretas. Cervantes, que valoraba tanto el ingenio y la agudeza como la experiencia, era consciente del papel que en ellas jugaba la discreción, ya fuese a la hora de hablar y escribir como a la de vivir y ejercer la acción práctica. De ahí el papel que la llamada madre de las virtudes juega en todas sus novelas, junto a la prudencia, con la que a veces se identifica, aunque ésta la guarde Cervantes para las ocasiones mayores, sin nombrarla con tanta frecuencia como la discreción y sus derivados. La prudencia, no obstante, es capital, junto al resto de las virtudes cardinales que su obra implica, sobre todo en el juego de los tiempos, pues las caras de la prudencia que miran hacia el pasado, el presente y el futuro, operan constantemente. De este modo se demuestra que todo sucede en un devenir, y que sólo triunfan aquellos que, aprendiendo de las lecciones vividas, obran en consecuencia e incluso previenen lo porvenir para no repetir errores, o simplemente para atajar el destino con mirada cautelar. Por otra parte, Cervantes se mueve más dentro del ámbito de la discreción, que tenía una tradición teológica menos asentada que la prudencia, y que le permitía

34. Para la unión de retórica y teología, véase en particular Jorge Fernández López, *Retórica, Humanismo y Filología: Quintiliano y Lorenzo Valla*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1999, p. 66

35. Sobre ello, nuestro trabajo "La memoria ejemplar y *El Coloquio de los perros*", *Cervantes. Estudios en la víspera de su centenario II*, Kassel, Reichenberger, 1994, pp. 467-481, donde señalamos las concomitancias del diálogo cervantino con *De recta graeci et latini sermonis pronuntiationis* de Erasmo. En ella un oso y un león dialogan sobre cuestiones gramaticales del latín y del griego con una perspectiva lucianesca a leguas de distancia de la tradición esópica, como allí apuntamos.

además la posibilidad de mostrar el doble fin, bueno o malo a que la primera conducía, según sus empleos, frente a la dicha prudencia, de unívoca bondad. [36] Cervantes recogió, sobre todo, la tradición relativa a la discreción, más vinculada a lo humano, aludiendo a la prudencia sólo en ocasiones puntuales, aunque la tenga en cuenta numerosas veces y, en definitiva, conlleve también esa buena elección que es parte sustancial en el decir y el obrar de los verdaderos discretos. [37]

36. M. J. Bates, *opus cit.*, pp. 70 ss., ya señaló que la discreción podía llevar al bien o al mal, en tanto que la prudencia sólo tiene el bien como fin último. De ahí que, en este punto, Cervantes no las confunda, aunque ambas supongan parejos grados de perfección, acomodación a las circunstancias, honestidad, verosimilitud, disimulo, agudeza, ingenio, cordura, recato y sabiduría. Téngase en cuenta además que, desde el siglo XVII, se inicia un proceso de secularización de las virtudes, como ya señalara A. A. Parker, en su ed. de Pedro Calderón de la Barca, *No hay más fortuna que Dios*, Manchester University Press, 1962, pp. 72-92.

37. Véase al respecto nuestra ed. cit. de Baltasar Gracián, *El Discreto*. Para la filosofía de la elección, base del ser discreto, y su relación con la sabiduría, consúltese además Emilio Lledó, *Memoria de la ética*, Madrid, Taurus, 1994, pp. 213-6. Cervantes, no obstante, perteneció a la familia de los escépticos, que dudaban de la sabiduría, como ya viera Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, RFE, 1925, pp. 85 ss. y más tarde A. Vilanova, *Erasmo y Cervantes*, Barcelona, Destino, 1949. Además de nuestros trabajos citados en notas 1 y 20, véanse, en relación con este artículo: "Los discretos prólogos de *El Quijote*", *Cuatrocientos años del Ingenioso Hidalgo. Colección de Quijotes de la Biblioteca Cervantina y cuatro estudios*, ed. de Blanca López de Mariscal y Judith Farré, Colombia, Instituto Tecnológico de Monterrey- Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 41-50, y "La discreción y la prudencia en el teatro cervantino, *El teatro de Cervantes ante el IV Centenario*, *Theatralia*, 5, Mirabel Ed., 2003, pp. 89-121.